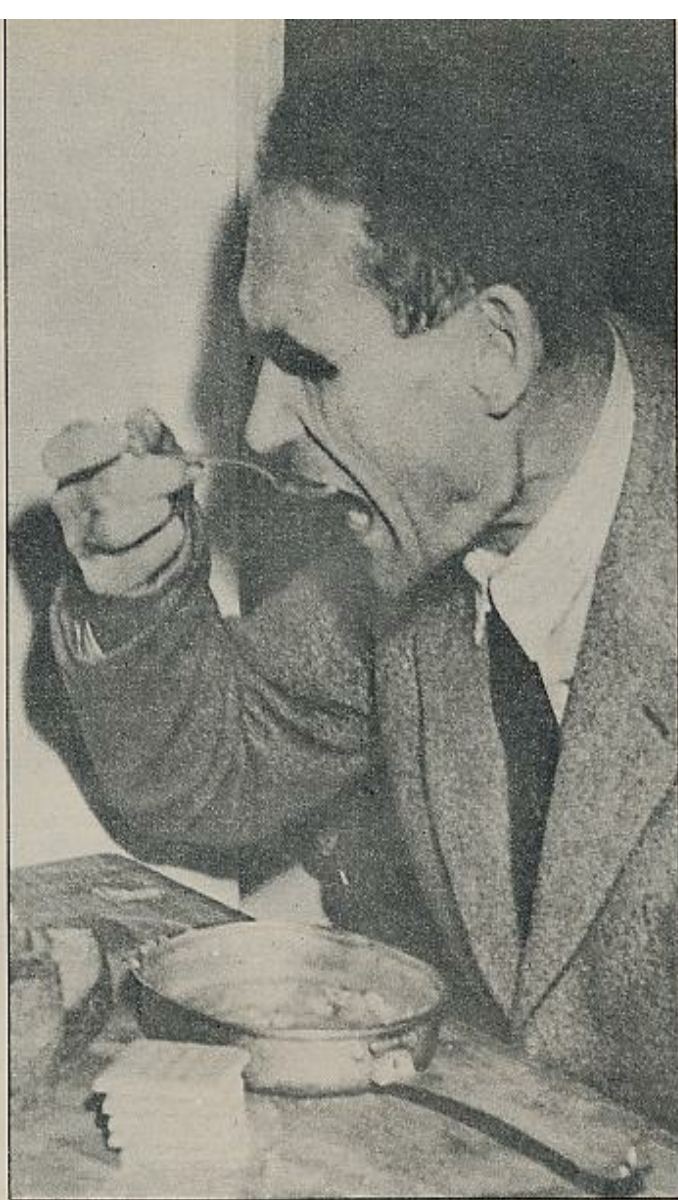


individual. Se desconoce el verdadero fondo de su intención. Aparentemente, trataba de explicar a Churchill que Gran Bretaña podía hacer una paz, por separado, con Alemania, y ambas naciones, con toda Europa, dirigirse contra Rusia. Para Hess, el sentido principal de la guerra no estaba claro. En un cuadro racista y mágico, el destino de Alemania era, en primer lugar, el de la lucha de la raza aria con la eslava. Si tuvo una inspiración de Haushofer y su familia, esa inspiración podía ser más práctica que mágica. El viejo general debía pensar que Hitler estaba cometiendo un error irreparable en la dirección de la guerra (como así fue) y pudo tratar de utilizar al simple Hess para dar la vuelta a la situación. Churchill pensaba probablemente lo mismo, que la guerra de Europa contra la URSS era la fundamental, pero sabía que ya era tarde para rectificar, que Hitler no cambiaría nunca de propósito —dominar al mismo tiempo el Este y el Oeste— y que Hess carecía de fuerza real. La orden de Hitler anunciando que Hess sería fusilado tan pronto regresase a Alemania, quitaba todo valor político a la aventura. Hess fue declarado loco y encerrado en Gran Bretaña hasta que, al terminar la guerra, fue enviado a Nuremberg para ser juzgado con sus compañeros. Probablemente fue esta aventura escocesa y la declaración de locura que se produjo al mismo tiempo en Gran Bretaña y en Alemania lo que le salvaron la vida.

Veintiocho años en prisión

«Ninguno de nosotros sabía en realidad si Hess estaba o no loco», escribe Von Papen, que se sentó con él en el banquillo, en sus «Memorias». «Creo —añade— que estaba sano cuando llegó en avión a Inglaterra y pretendió compensar sus anteriores fechorías previniendo a los ingleses que el ataque de Hitler a Rusia debía conducir a la ruina de Europa». Pero ante el Tribunal, Hess se comportó de una ma-



Sumando los años que llevaba en la prisión británica, Hess lleva en estos momentos más de veintiocho años de prisión.

LA LARGA AVENTURA DE RUDOLF HESS

nera extrañamente indiferente. Llevaba ya más tiempo de cárcel que sus compañeros, había visto la derrota antes que ellos y, probablemente, sabía ya que no sería ahorcado. Hess no quiso hablar con su defensor y se negó a ser examinado por los psiquiatras, que trataban de salvarle con una declaración de locura. Mientras se desarrollaba el juicio leía pequeñas novelas. Cuando le llegó su turno, se limitó a ponerse en pie, a explicar que no estaba de ninguna manera loco,

aunque lo había fingido durante un tiempo, y que, dado que era normal y perfectamente sano, deseaba ser juzgado exactamente igual que los otros. Regresó a la lectura de sus novelas y, con el mismo aire distanciado y lejano, escuchó la sentencia que le condenaba a cadena perpetua. La está cumpliendo desde entonces. Sumando los años que llevaba ya en la prisión británica, Hess lleva en estos momentos más de veintiocho años de prisión. ■ J. A.

Se ha dicho que el descubrimiento más importante de la revolución industrial es la invención del método de inventar. En los países más avanzados, que ya han entrado en la Era Posindustrial, las invenciones no se producen por inspiración esporádica de un creador, sino por el propósito sistemático de equipos investigadores. Las grandes empresas americanas, apoyadas por contratos del gobierno, destinan grandes sumas a la investigación; así, la invención se institucionaliza y los inventores se convierten en empleados que cobran su sueldo por inventar.

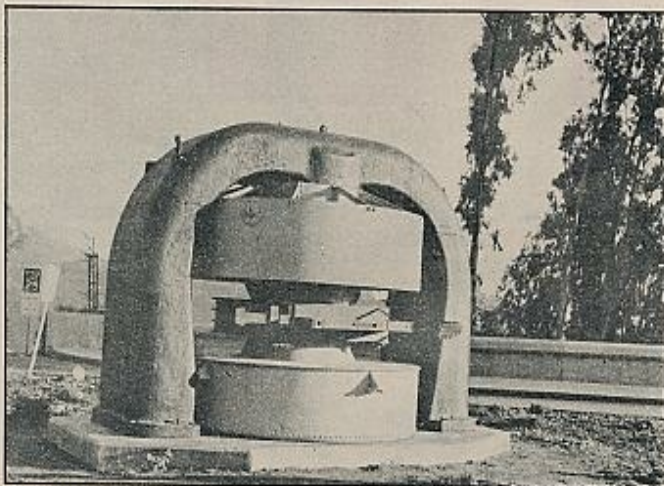
Todo esto implica un cambio radical en el modo de considerar el futuro. Las sociedades preindustriales piensan que el futuro está fuera de su control y lo dejan en manos de Dios, del destino, o bien, como los indios hopi, ni siquiera tienen palabra para decir futuro. El estilo de las sociedades industriales al confrontar el futuro consiste en actuar después de que las cosas hayan sucedido, puesto que suelen prever el futuro por lo que está pasando en el presente. Las sociedades posindustriales confrontan el futuro con un estilo radicalmente nuevo: reaccionan antes de que las cosas sucedan. No es de extrañar que aparezcan en Estados Unidos un grupo de instituciones dedicadas a estudiar el futuro. Su objetivo es la investigación para el diseño del futuro social; su razón de ser, las imponentes perspectivas en las actuales tendencias de la sociedad posindustrial. Por ejemplo: en Estados Unidos, la proporción de trabajadores en el sector agrícola ha bajado del 90 por ciento, en 1800, al 75 por 100, en 1900, y al 5 por 100, en la actualidad. (En Inglaterra es del 4 por 100.) Además, por primera vez en la historia de la Humanidad, un país tiene más gente trabajando en los servicios que en las manufacturas. La jornada de trabajo se ha reducido de sesenta horas, en 1900, a cuarenta horas en la actualidad. Ante tales tendencias, un técnico de la Rand Corporation ha predicho que los Estados Unidos llegarán a satisfacer todas sus necesidades con el trabajo de sólo un dos por ciento de su población activa. Tal afirmación, aunque caricaturesca, tiene un significado correcto. Parece evidente que todos estos cambios van a traer profundas implicaciones sociales, que merecen estudiarse con antelación. Por ejemplo, si continuamos traspasando el trabajo a las máquinas, será necesario revisar los criterios de valor con que la sociedad considera el trabajo: la motivación para trabajar no será ya la necesidad, sino el placer de crear. En el mundo de escasez que las sociedades posindustriales han dejado atrás, el trabajo es una obligación. En el mundo de abundancia de la sociedad posindustrial, el trabajo será una dedicación voluntaria y libre. Los Estados Unidos van a llegar pronto al punto en que el pleno empleo será una meta anacrónica, y el trabajo, en lugar de ser un derecho, será un símbolo de posición social. En la actualidad, en Estados Unidos, los profesionales de más categoría son los que trabajan

FUTURISTAS

más horas, mientras que los obreros no calificados son los que trabajan menos. Brezinski ha expuesto el sentido de cambio que flota en el ambiente de nuestra época y sus posibles consecuencias:

«No estamos en una era revolucionaria al modo convencional, sino que nos adentramos en una nueva fase de metamorfosis en la historia de la Humanidad. El mundo está en vísperas de una transformación más dramática, por sus consecuencias históricas y humanas, que las que trajeron la Revolución francesa o la rusa. Consideradas desde una perspectiva amplia, estas famosas revoluciones sólo arañaron la piel de la condición humana. Trajeron cambios en la distribución del poder y la propiedad dentro de la sociedad, pero ni rozaron la esencia de la existencia social e individual. La vida personal y social continuó casi como hasta entonces, aunque algunas de sus formas

Los pioneros del movimiento futurista han sido un grupo de instituciones privadas, llamadas, con evidente mal gusto, «thinktanks» («tanques de pensamiento»), una más de las metáforas prosaicas de tipo culinario que parecen gustar a los americanos. («Flying saucers» —sartenes voladoras— designa a los platillos volantes; «melting pot» —olla de mezclas— designa el proceso de uniformización cultural de los emigrantes.) Algunos de estos «thinktanks» son filiales de las grandes fundaciones creadas por los supermillonarios americanos. «Resources for the future» es una filial de la Ford Foundation, establecida, en 1952, para investigar el futuro de los recursos naturales del país y que, además, ha realizado estudios sobre la evolución de las ciudades. «The Brookings Institution» ha investigado sobre la economía americana y sus perspectivas, construyendo un complejo modelo econométrico con dos-



El primer ciclotrón de la historia convertido en escultura, en homenaje a Ernest Orlando Lawrence.



El Lawrence Hall of Science, museo de los grandes descubrimientos científicos americanos.

extremas (sobre todo políticas) habían cambiado. Por sorprendente que pudiera parecer a sus acólitos, Robespierre y Lenin serán considerados, en el año 2000, como unos reformistas moderados. A diferencia de las revoluciones del pasado, la metamorfosis que estamos viviendo no tendrá líderes carismáticos ni doctrinas estridentes, pero su impacto será más profundo y más sutil. Los generadores de tales cambios son los «computers» y los avances electrónicos en comunicación, que están alterando las costumbres, la estructura social y los valores de nuestra cultura. El trabajo de los futuristas indica ya que los hombres que viven en el mundo desarrollado pasarán, en las próximas décadas, por una mutación potencialmente tan fundamental como la que ocurrió en el lento proceso de evolución de animal a hombre.

Ante perspectivas de cambios tan importantes se comprende que los Estados Unidos se interesen por estudiar el futuro, a pesar de que este estudio esté en contradicción con la filosofía social norteamericana. En su sistema capitalista liberal, donde la mano invisible de libre iniciativa debe garantizar el interés colectivo, no se puede justificar la planeación del futuro.

cientos variables. «The Hudson Institute» es el más conocido de los «thinktanks» futuristas: su director, Herman Kahn, ha publicado, en colaboración con J. Wiener, el mejor estudio que existe sobre la situación económica y cultural de todos los países del mundo en el año 2000. Actualmente se está estableciendo en Connecticut un Instituto del Futuro. Junto a la labor de estas instituciones hay que citar a R. Buckminster Fuller, economista, arquitecto, científico, escritor y hombre universal, que ya en los años treinta planteó la necesidad del futurismo. Fuller, a sus setenta y cuatro años, da sin descansar conferencias de tres horas, de pie entre sus poliedros geodésicos, hablando con una soltura, matizada de humor, que va de la genialidad a la incoherencia. Fuller ha sido durante muchos años el precursor del futurismo que trata de convencer a los que están arraigados en el presente de que la Humanidad está pasando de una civilización de escasez a una de abundancia, y de que hay que adaptar el pensamiento y la vida a este cambio.

Las llamadas de Fuller no caen en el vacío. Una encuesta realizada por la revista «Fortune» entre los estu-

diantes universitarios americanos evidencia que el 40 por 100 no comparte las metas de trabajo y éxito material de sus mayores. Entre la juventud americana que no ha vivido la Gran Depresión se ha empezado a cuestionar el monopolio de fines económicos que ofrece el tradicional «american way of life». Los jóvenes han descubierto que viven en un país de abundancia y quieren aprovecharse de ello. Esto llenará de esperanza a los que temen que la civilización se encamine hacia una uniformización a lo «Mundo Feliz». Parece ser que la juventud del país más avanzado del mundo ha decidido emplear su riqueza material en enriquecerse espiritualmente. Los «hippies» son la expresión extrema de la Gran Renuncia de la juventud americana a los objetivos materialistas del modo de vida tradicional; no aspiran a enriquecerse ni a ocupar altos cargos, sino a vivir tranquilamente dedicándose a sus cosas.

Por una parte, esta actitud implica la tendencia a una mayor diversidad en las formas de vida, corolario de la mayor diversidad en posibilidades materiales que engendra la riqueza; por otra parte, implica el abandono de la mentalidad progresista y,

por tanto, resta impulso al progreso. Esto que para los países pobres resultaría peligroso, puede no serlo, e incluso puede ser ventajoso, en los países ricos. Bayer ha publicado recientemente un trabajo donde afirma que la cuestión más apremiante con la que debe enfrentarse la civilización occidental en el próximo siglo es el abandono de la idea de progreso. Aunque a primera vista parezca absurda, esta propuesta es crucial: el progreso ilimitado, como toda actitud sin medida (acumulación, posesión, desarrollo) es esencialmente bárbaro. Nuestra civilización, quizá porque en los últimos siglos ha sido llevada de la mano de los anglosajones, ha olvidado el consejo de Aristóteles de que la acción debe conducir a la contemplación. Si hay una idea básica en la civilización es la de que ser civilizado consiste en tener noción de la medida. Los futuristas deberán matizar la fiebre de progreso que domina al mundo occidental, poniendo límites a sus ilimitadas pretensiones. Si así se hace, la Humanidad saldrá por fin de la barbarie poshelénica y se dirigirá hacia una nueva era de civilización. ■ LUIS RACIONERO GRAU, MARIA-JOSE RAQUE AIRAS. Berkeley, 1969.